NORMAN MANEA*

Los payasos**

Una lectura de Fellini

Un curioso centenario ha venido a recordar al mundo entero el nacimiento de dos hombres que comprendieron y explotaron, cada cual a su manera, la sed de la muchedumbre y su vulnerable maleabilidad.

Era un vagabundo de gran ciudad que tenía por único sitio de reposo un banco del parque. Llevaba un bombín negro usado y, sobre sus hombros, una levita; dos esfuerzos que denotaban un deseo de respetabilidad. Sin tierra, sin familia y ningún amigo. Sus conocidos lo veían entrar en crisis extaños, y lo consideraban un payaso. Lo que llegó a ser más tarde: un payaso carismático, centro de un espectáculo que llevó a la perfección, y donde él tenía no sólo el papel de actor principal, sino también el de autor, escenógrafo, productor y argumentista.

Cuando su pequeño bigote se hizo emblemático, cuando comenzó a figurar en el ideal de millones de gentes, una de las más grandes estrellas de Hollywood dijo de él que era "el mayor actor de todos nosotros". Se llamaba Adolfo Hitler. Nacido hace exactamente cien años, el 20 de abril de 1889. (F. Monton, *New York Times*.)

La estrella de Hollywood, fascinada por las dotes de actor de

* Escritor de origen rumano. Profesor en la Universidad de Yale. Asociado Internacional de la Academia Internacional para Estudios y Artes.

** Traducción de Nilda Ibarguren.

Hitler no era otra que Charles Chaplin, nacido también él hace cien años, una centena de horas antes que Hitler. Igualmente un marginal en sus comienzos, lo peor de la sociedad: su padre era alcohólico y su madre vagaba de un hospital a otro; él dormía en las estaciones ferroviarias o en los parques, refractario a la amistad, difícil de carácter, pero capaz, como después se vería, de conmover instantáneamente a las multitudes.

Chaplin interpreta el papel del dictador en el filme del mismo nombre, donde se halla la famosa escena en que el héroe, en un acceso de júbilo frenético, juega con un balón que figura el globo terráqueo. El actor pone de relieve lo grotesco de la esquizofrenia infantil del tirano. Y hay en su actuación tal "interiorización" de demencia lúdica que llega a dar la impresión de una complicidad ambigua. La composición apela a un arte ingenuo, pero la máscara se desgarrá rápidamente en una mueca de fealdad demoníaca. Hitler pudo ser el más destructor de todos los genios de la historia; su fórmula no deja por ello de contener elementos comunes con la de Chaplin. Ambos han sacado su fuerza de la necesidad de aceptación del marginado.

Encuentro en la arena

"¿Usted colecciona actualmente recortes de la prensa cómica, semejantes a los que figuran en *Los años de aprendizaje de Augusto el Simple?*", me preguntó en 1981 un reportero en una entrevista destinada a dicha prensa, que iba a escandalizar durante meses a esa misma prensa romana. Dije en el curso de la entrevista que "el artista no puede rendir a la oficialidad los honores de una negación solemne porque sería tomarla demasiado en serio y reforzar involuntariamente su autoridad, lo cual es de alguna manera acreditarla. Merced a la intercesión de lo grotesco, él pone de relieve lo irrisorio para obtener un incremento de sentido. En nuestra sociedad actual, donde todo se mezcla, se confunde y se anula, lo irrisorio amenaza con burlarse de todo —hasta del arte— y el artista, sindicalizado incluso en calidad de bufón, trata de asumir la ambigüedad de esta función, de colocarse, mediante un balanceo desigual y pueril, sobre curvas fluidas, fragmentarias, y transformar lo que está perdido en

un éxito diferido para más tarde, lo que está vacío en una espera, una promesa indecisa y peregrina..."

¿Dónde queda entonces el ideal orgulloso y romántico del Arte? La situación del artista en el mundo es la de un Augusto el Simple, *der arme August*, como el padre de Hans Hartung llamaba gentilmente a su hijo, mediante un paralelo que testimonia una perfecta intuición, que no vuelve a ofrecerse sin embargo ni en la vida ni en la obra del pintor. Thomas Mann, escritor tan riguroso, grave y ético como posible, ha visto a los artistas como "excéntricos espíritus del ridículo", "brillantes monjes del absurdo", "sospechosos" y "acróbatas". Como dice de Félix Krull, ese personaje no era "ni femenino ni masculino y tampoco entonces humano"; y que él llamaba "un ángel serio de la loca audacia ... bajo el techo de lona, en lo alto, por encima de la muchedumbre", es decir tomado en el balanceo aéreo del gran circo del mundo.

No es sólo desde el punto de vista de la nulidad y de lo inútil que todo lo humano parece irrisorio (y por esta razón igual). Visto desde el corazón mismo de la frenética circulación cotidiana, el espectáculo siempre distinta e idénticamente repetido del hormiguero humano proyecta, al mismo tiempo que los rostros del sufrimiento, de la gloria y de la alegría, la imagen caricaturesca de lo efímero. Considerado desde muy lejos o desde muy cerca, pareciera que ya no es posible distinguir con claridad entre componentes vecinos, incluso entre componentes irreconciliables. En el circo del mundo, el poeta tiene la silueta de un caballero de la triste figura, de un Augusto el Simple, inadaptado a las prácticas de esta vida corriente de que hacen honor sus semejantes al ofrecer y recibir, según sus esfuerzos, sus oportunidades y sus astucias, porciones de concreto comestible. Este curioso aguafiestas sueña, él, con otros cambios, otras evaluaciones y otras recompensas, y busca compensaciones solitarias para este papel que se le ha asignado sin consultar su parecer.

Los fragmentos de su orgulloso proyecto muestran a menudo, por otra parte, un sorprendente —porque profundo— conocimiento de sus conciudadanos, con los cuales no parece comunicarse sino superficialmente y de quienes toma muestras, para restituírselas luego en una suerte de magia tan elaborada como instantánea; secuencias que ellos pueden reconocer, incluso aunque las encuen-

tren misteriosas y no siempre las comprendan del todo. Su debilidad parece bruscamente una fuerza no convencional y desviada, y su soledad una más profunda solidaridad; su imaginación se vuelve el camino más corto hacia la realidad. Se diría que su rostro se refleja, de pronto, en todas las imágenes de la naturaleza que lo rodea. El espejo gira rápido, rápido. En un momento dado, un choque breve. Un instante de estupefacción para el personaje y una fracción de segundo de estupor en las arenas del circo.

¿Cómo? ¿El tirano forma parte también de la compañía de saltimbanquis? ¿El frágil vagabundo (y cultivado hombre de letras) podría reconocerse hasta en ese rostro desfigurado donde los ojos ven aparecer no el bien, la verdad, lo bello, sino sus contrarios? Esto es pues un tirano: alguien que manipula, ordena, hace imperar la disciplina, castiga y recompensa según las leyes sádicas y soberanas del mal, de la fealdad y de la mentira, bajo sus innumerables disfraces perversos de rictus satisfechos, con uniformes fastuosos y ridículos, con histerias manifestadas tan pronto por gritos agudos y bestiales como por gemidos lastimeros y asustados de niños, ya por embestidas y pataleos de machos cabríos furiosos, ya por la glacial inmovilidad del vampiro.

Sí, se creería que él ya lo ha visto en sus pesadillas, o durante sus tribulaciones. Se creería que en un momento o en otro, alguna parte de este mundo ya ha soportado sus caprichos y su odio. Sí, él recuerda ahora, espantado, sus catástrofes. Sí, sí, sin duda, es también un rostro humano, incluso oculto bajo capas agrietadas de pintura y de espesas cremas coloreadas. Sí, sí, el pobre... un vanidoso fanático, esclavizado por la quimera del poder, un pobre hombre, un solitario enfermizo que presenta su debilidad como la autoridad, su miedo como la seguridad, sus enfermedades como la fuerza y la provocación.

Ahí están. Augusto el Simple encuentra en la brillante arena al payaso del poder. Sus miradas se cruzan. ¿El breve relámpago concentra toda la tragicomedia humana? ¿Es un atractivo por repulsión, una catálisis energética provocada por la aproximación de los contrarios? ¿Pueden compararse uno junto al otro, estos actores cuyos papeles difieren a tal punto en el argumento cifrado que se llama: "el paso por la Tierra"? Únicamente si se mira este espectáculo desde la Luna o bien si, cegado por la distancia dema-

siado corta que nos separa de él, no se distinguen ya los contrastes en esta enorme y rápida mascarada.

El artista que ha vivido bajo la tiranía (y hasta el que no la ha conocido) no puede aceptar ignorar la barrera moral infranqueable que separa las dos opciones. Y sin embargo, él, que es capaz de observar el espectáculo desde una distancia cósmica, aunque asumiéndolo hasta identificarse totalmente con él, ¿no puede atravesarla con el fin de escrutar a su contrario con toda la curiosidad, la fantasía y la exactitud que exigen las premisas de su proyecto?

¡El Payaso blanco! ¿El artista sería un Augusto el Simple y el tirano un Payaso blanco? ¿Hitler un Payaso blanco y Charlot el payaso, que lo ha imitado con una ironía pueril, un Augusto el Simple tradicional? ¿Esta relación humana sería la confluencia de la verdad en el interior del gran circo del mundo?

Nuestro payaso local

"Antonioni es uno de esos Augustos silenciosos, mudos, tristes... ¿Picasso? Un Augusto triunfante, majestuoso, sin complejo y que sabe hacerlo todo: es él quien vence finalmente en su combate con el Payaso blanco. Hitler: un Payaso Blanco." (Federico Fellini, *Los payasos*)

¡Blanco! Y Charlot el imitador (o el intérprete) es probablemente, como lo indican su papel y su vestimenta de vagabundo, un Augusto, un bufón involuntario, con el sombrero al través, el pantalón demasiado ancho y demasiado largo y el cómico bastón nobiliario.

La máscara del Payaso blanco responde a esta tipología del cuento de hadas, con sus buenos y sus malos, de la que tanta necesidad tenemos: "El rostro es bello, espectral, con acentos circunflejos sobre cejas altivas; la boca está marcada de un solo trazo, dura y desagradable, distante, fría", llamadora, dice Fellini, con "la autoridad glacial de algunas religiosas directoras de escuelas de párvulos", y sobre todo de "esos fascistas ataviados con brillantes cintas negras, con hombreras doradas, con fusta, con órdenes ásperas y militares."

Difícil aprehender lo que separa definitivamente al Augusto del Payaso blanco: "Existen ciertos Payasos que tienen un pasado de Augusto, pero ningún Augusto ha comenzado siendo Payaso. Tal

vez es más fácil para un ser tolerante simular la autoridad que a la inversa", escribe Ornella Volta en el *Bref Dictionnaire encyclopédique des clowns*.

Nuestro lamentable payaso local rumano... Todos sus ridículos títulos sobre columnas enteras; sus "obras", de una enorme simpleza; sus discursos, invariables, interminables, con su énfasis cascado, el ritmo solemne de sus invectivas y sus faltas gramaticales; su miedo aguijoneando su fanatismo y su fanatismo recubriéndose de astucia; su tartamudeo y sus gestos de guiñol; la perseverancia maníaca del trabajo esquizofrénico; su perplejidad ante todo lo que ose todavía mantenerse espontáneo y vivo.

Cuántos han comenzado siendo pobres Augustos, mediocres embadurnadores de papel, humildes seminaristas de provincia, aprendices perdidos en talleres de zapateros suburbanos. ¿La fascinación lunar, la elegancia nocturna, espectral del Payaso blanco? "Asusta a los niños —dice también Fellini— porque él representa el deber, o, para emplear un término de moda, la represión." ¿La represión un término de moda? Yo habría podido sonreír con un aire de superioridad o estallar en sollozos enfermizos. La represión es la realidad inmediata, lo que se percibe en la respiración de la calle, en la atmósfera de las oficinas y de los restaurantes. Los niños se burlan del tirano, no pueden comprender que él pueda dominar así la vida de las personas grandes que los rodean. Constituye una paradoja, una más, que el pequeño guiñol sea el único que mande, él que, al contrario de Hitler o Stalin, no inspira sino risa...

Lo ridículo tiene una fuerza secreta: divierte; y se venga de ello. Fellini habla repetidas veces del ciudadano anónimo, "el niño lanzado a la condición de Augusto", y de su relación con la madre (el Estado, la policía, la autoridad) que le prohíbe siempre algo: "no esto", "no aquello".

Nuestro tirano decreta que el país debe ser un inmenso país de niños militarizados y dedicados al trabajo, pero él no puede soportar a sus "niños", sus "súbditos": si ellos lo han satisfecho, los escupe y les da una paliza; si están demasiado alegres, les corta una oreja; si lo contradicen, les cose los labios; si caen enfermos, les manda un ataúd de regalo acompañado de una factura de las pompas fúnebres. "El orden y la disciplina" son las únicas virtudes que admite en los otros, los anónimos. El contacto con los humildes, medio de origen

de él, "el más amado, el más estimado y el más revolucionario de los hijos del pueblo", es asunto del *Servicio del orden*: quienes se atreven a saltar delante del automóvil presidencial para entregar una queja desaparecen después sin dejar rastros. La capa, el cetro, el palacio, el himno nacional, las condecoraciones....: "los Payasos blancos siempre han rivalizado por tener el vestuario más magnífico", dice Fellini. Uno de los más renombrados se llamaba Teodoro y "tenía un traje para cada día del año". Nuestro Payaso nacional dispone también de un traje por día. La ropa ya usada se marca, al final de cada jornada, con tinta roja y verde (colores de la extrema izquierda y de la extrema derecha), luego es enviada al Crematorio presidencial, que forma parte, lo mimo que la Casa especial de moda y que el Laboratorio especial, del inmenso y omnipresente Servicio de seguridad del circo.

"El Payaso blanco da bofetadas", dice Fellini. Nuestro sádico Bufón nacional ha prohibido el alimento, la luz y el calor, los viajes, ha destruido las iglesias y los archivos.

Orden, mucho orden y disciplina, todavía más disciplina y vigilancia: un verdadero récord mundial, un policía cada 15 ciudadanos, 15 "soplones voluntarios" por policía. Esta enorme masa de delatores tiene la función de vigilar que el indigno resto de la población no traicione secretos de Estado tales como: el nombre de su empresa, el formato de las latas de conserva, la fórmula de la bomba atómica y la ubicación de los urinarios públicos en el territorio nacional, el apodo del Presidente, la capacidad de recepción de los manicomios, el mapa del país y la tecnología de la fabricación del hilo de coser. ¡Y que los extranjeros ignoren los secretos del paraíso del circo! Evitar todo contacto con ellos: es un deber de honor, y un derecho natural para los que quieren sobrevivir.

Todo (su palabra preferida: Todo) conduce a él. Nosotros haremos todo, Todo, TODO, porque eso es lo que él escande sin cesar, con su voz ronca y monocorde... Orden, orden, disciplina, más disciplina... el crecimiento continuo del papel dirigente del Conductor.

Y el fotógrafo y el peinador y el masajista y el cosmetólogo y la guardia personal y los suplentes y los traductores en los 364 idiomas de la tierra que él ignora y el servicio de información y los servicios de desinformación y el servicio de radiaciones y antirradiaciones y

el inodoro móvil y la ducha invisible y el revólver silencioso –todo está dirigido a la única institución productiva del país: el culto del Payaso. Y ¡oh, sí! ¡desde luego! ¡También está la gata!

"El único payaso mujer que se ha mantenido célebre es Miss Lulú. Gelsomina y Cabiria, ellas, en mis filmes, son dos Augustos. No son mujeres, son asexuales, dice Fellini. Naturalmente, Charlot, el Augusto, no tiene sexo. Es un gato feliz que estornuda y se pasea donde le apetece. Laurel y Hardy duermen juntos, como dos Augustos llenos de inocencia, en ausencia completa de caracterización sexual. Causan risa, además, por esta razón."

¿Y la mujer Payaso blanco? ¿La gata? ¿La amante desdentada, la sabia analfabeta, el Comisario Enaguas, la vieja histérica, la Tata Porno?

Miss Lulú, Lulette, Lena, ¿Leanza? es un payaso duro, que domina a su pareja y aterroriza a su comitiva. ¿Complejo sexual? ¿Timidez? ¿Frustración? Todo ello a la vez. ¡Y la fidelidad de la pareja! ¡Oh la la! ¡el pobre Hitler! Pero se le reconoce, es hermafrodita. Sigue siendo hermafrodita incluso si una mujer lo ha utilizado para tener hijos. A él es difícil imaginarlo en ese instante, pero a ella sí, es posible verla, desenfundada, riendo burlescamente, colmándolo, excitándolo... La unión suprema, el hermafrodita furioso y tartamudo se acerca, en su pijama rojo con galones y sus condecoraciones, a Miss Honoris Causa, la viejecita lúbrica. El Comandante supremo que nunca hizo una guerra, y la Eminencia suprema que nunca terminó sus estudios secundarios. Sobre el escritorio presidencial se contonea obscenamente el inestimable retrato de la fealdad, dentro de un marco de platino, con florecillas y estrellitas: Miss Lulena, sobrecargada de joyas, medallas y falsos títulos, que no ocultan ni la impostura, ni la gata. Plantada sobre sus piernas abiertas, incluso en sus poses festivo-presidenciales, Lulena tiene siempre su bolso delante de "su pajarito" (como le llama el pueblo rumano con un infatigable humor), el lugar impúdico y primordial.

El "resto" y el todo

El texto de Fellini me proporcionaba un verdadero placer de venganza, dirigida en una sola dirección. Lo he leído y releído, descí-

frándolo cada vez con verdadera urgencia. Fellini encasilla dentro de los Payasos blancos tanto a Hitler como a Freud. Y ve la marca del Augusto en Picasso lo mismo que en Antonioni o Mussolini. Pero él no habla de Stalin, y yo me pregunto hasta qué punto se podría incluir en la tipología, incluso en la categoría Payaso blanco, a este tirano apasionado por los fríos juegos con la muerte, y que tenía la costumbre de pedir a sus colaboradores que lo "divirtieran" con verdaderos números de circo.

Yo abusaba de este texto y sacaba de él placeres secretos, y todavía ahora no puedo leerlo con una serenidad y un alejamiento completos. En un Estado totalitario, cada detalle cotidiano, la menor palabra o gesto, se carga de significados desviados, importantes, y descifrables únicamente por las gentes del lugar, los ciudadanos de los subterráneos. Su código no parece lunar ni fascinante más que a aquellos que viven en las sociedades más o menos normales de nuestra vieja Tierra. ¡El pobre ridículo! ¡El iletrado! ¡El advenedizo, el tartamudo, el macaco, el bufón! ¡La chusma, el orinado, la basura!

¿Payaso blanco?... Era demasiado oscuro, demasiado nulo, demasiado estúpido. En cuanto a meterlo en la tipología más humilde, pero incomparablemente superior, de Augusto el Simple... No, Augusto estaba demasiado cerca de mí, yo había estado durante mucho tiempo obsesionado por esta imagen del artista, del desafortunado. El texto de Fellini no estimulaba en mí otra cosa que no fueran las asociaciones y los inevitables placeres autorizados por la lectura, en momentos en que todo está prohibido.

Cientos de veces he releído el soberbio poema de Montale titulado "El Poeta".

Me quedan pocos días, pero espero tener la oportunidad
De dedicar mis versos a un tirano muy joven

Así comienza la confesión que Montale atribuye a un poeta.

Él querrá espontáneas alabanzas
Y las tendrá hasta saciarse

Repito haciendo gestos payasescos, remedando no sólo a los poetas,

sino a los anónimos por millares, amedrentados y apiñados en la prisión del circo.

Yo podría igualmente
Dejar huellas duraderas

Me agradaba. Y los últimos versos del poema, yo me los recitaba en voz baja, delicadamente, y había que hacer un esfuerzo para entender su articulación límpida y regocijarse profundamente de esta exaltación que encontraba el arte en proclamar firmemente la verdad, y en parodiar, pérfido, su propio orgullo:

Lo que cuenta en poesía no es el contenido
Sino la forma.

"Aún agobiado por los problemas, más vale ser libre que el bufón de un bufón lamentable", me escribía un amigo. Era justamente el cumpleaños del bufón. Mi amigo me había enviado los periódicos que celebraban el homenaje. Cada año, este día estaba consagrado por gigantescas festividades, de una solemnidad pomposa que hacía reír hasta a los policías alineados por millares para suprimir toda risa o todo desorden en el pueblo.

Yo me encontraba entonces ya lejos de ese funesto carnaval. Abrí los periódicos. Se diría que estaban impresos en papel higiénico, a punto de romperse. la tinta, roja, verde y negra, manchaba las manos del lector imprudente. No pude leer más de tres frases. Los clichés de la mascarada se repetían de una manera demente y el aburrimiento llegaba rápido y mortal. Todos los sueños, todas las neurosis y los años pasados allá se retorcián bruscamente en esa ponzoña de la cual no lograban desprenderse.

Durante este mismo período de horrible tormento y de incierta convalecencia, tuve entre las manos un libro repugnante y útil a la vez, que había excitado el apetito de escándalo de la prensa occidental. Era repugnante por su tema (nuestro pequeño dictador tartamudo) y por su autor (un ex-general en jefe de la policía secreta del dictador, vuelto servidor de la "libertad", y de nuevos amos). Útil, no obstante, por las revelaciones que un conocedor íntimo del clan de los advenedizos hacía sobre la grosería, el cinismo, la bajeza

de la compañía de payasos en el poder. La venta de judíos y alemanes por divisas extranjeras, lo que se llamó "la libre emigración". La operaciones de espionaje y de desinformación para las cuales se servían de terroristas árabes tragasables y tragafuegos, o de hipnotizadores y domadores de la KGB. Las ocasiones en que nuestro "Führer" vomitaba injurias (cuando, por ejemplo, econtrándose de visita en Nueva York, no pudo impedir por vía oficial la manifestación dirigida contra él, y se enteró de que uno de sus hombres de confianza lo había traicionado). La crisis de histeria al ver al embajador americano: ¡un negro! (insoponible afrenta para el viejo internacionalista).

Tal vez no se deba totalmente al azar que en esos primeros meses difíciles, transcurridos entre la tiranía y el exilio, haya encontrado yo en una revista parisina las siguientes palabras, dirigidas a Julien Hervier por Ernst Jünger: "El hombre de las Musas debe ubicar en el centro su pintura, su escultura, y el resto es ridículo. Es por ello que yo no podría criticar a un creador que se beneficiara con los favores de un tirano. Él no puede decir: 'Espero a que derriben al tirano', porque éste puede durar diez años y entre tanto su poder creador se desvanecerá." ¿Hasta qué punto tenía razón el viejo Jünger. Desde luego, el resto es ridículo... Pero no se trata sólo de lo ridículo, está sobre todo el horror, la destrucción de los últimos enclaves de normalidad en el seno de la vida cotidiana, el peligro diario de muerte física y espiritual...

Es cuando la calamidad se vuelve evidente, cuando el odio por el tirano en verdad se generaliza, que ya no se puede hacer nada: para Hitler, ello se produjo al final de la guerra (cuando el desastre se volvió contra todo el pueblo alemán); para Stalin, después de su muerte (cuando el mito ya estaba podrido y el monstruo se había vuelto inofensivo). Nuestro ridículo Payaso nacional, ¿no era recibido, con todos los honores, en las grandes cortes occidentales y orientales? Sus comienzos, de una confusión bien calculada, y donde él cabalgaba sobre el fantasma del bien, los encuentro tan repugnantes como el último decenio siniestro. Y sin embargo, no podía uno contentarse considerando la mascarada como un simple "resto ridículo".

El ridículo demoníaco y animal multiplicaba sus garras y sus aullidos: no se podía escapar de él de ninguna manera. No, no se

trataba de un "resto" que se podía ignorar, se había convertido en el TODO.

Más loco que el loco

Desde el comienzo preparé un plan de evacuación de la "zona de trabajo" —como se dice en las exhibiciones de fieras—, una zona que iba a convertirse en un lodazal para rinocerontes enseñados para nadar en la mierda y eliminar a su vecino. No se necesita una gran imaginación para fingir bastante asco, miedo, fatiga y depresión y retener así la atención de un psiquiatra. Naturalmente, el médico conoce la enfermedad de la sociedad en su conjunto. Sin embargo, los casos de "enfermedad" propiamente dicha se mantienen aislados, porque no son tomados en cuenta más que cuando se "autodenuncian".

Se toca aquí una de esas situaciones límite en que Augusto el Simple no solamente imita el equívoco, sino que lo vive, con el riesgo de no lograr ya separar lo real de la quimera. La "puesta en escena" llevada hasta un cierto punto —como el exagerar los síntomas sacados de los libros— puede terminar por "inducir" un desarreglo real (el cual está en germen, por otra parte, en una iniciativa semejante).

En el circo totalitario, donde a los médicos, incluso a los pacientes poco lúcidos, se les hace cada vez más difícil descubrir el artificio, los consultorios sobrecargados de los psiquiatras de vuelven verdaderos refugios, lugares de súplica y de simulación.

La represión psiquiátrica era utilizada de tal manera contra los que molestaban que ello se convertía en una verdadera provocación: volver contra el Estado su mejor arma. Y no obstante... al hacer cola en los consultorios médicos la víctima ha logrado su "liberación": isuspensión del trabajo por incapacidad! "El retiro anual" necesitaba además una perseverancia extenuante. Pero la humillación periódica del examen médico evitaba tantas otras humillaciones... Si el verdadero enfermo que infectaba entonces al país se hubiera retirado (por enfermedad o simplemente a causa de su edad) yo habría podido sanar. Pero el enfermo era yo, y el retrato bufo,

colgado en todas las esquinas de la calle, me obligaba a aumentar continuamente mi dosis de medicamentos.

¡Una suerte de lazo se había establecido finalmente entre nosotros dos! —débil y muy parcial imagen de la esquizofrenia impuesta por el enfermo a todo el país.

El emblema agrietado del artista (a veces también el del revolucionario o el del fiel) se justifica más claramente cuando el destino lo ubica en una colectividad prisionera. "La aparición de un Payaso blanco, el fascista, nos transformó, a la vez, en payasos blancos, cuando se terminó por responder, obedientes, con el saludo romano", recuerda Fellini. "Eres demasiado serio, la imagen del Augusto no va contigo, eres demasiado digno, demasiado ético", me decía un amigo durante esos años cuando, contorsionado hasta los chirridos y hasta las muecas, Augusto se me presentaba sin embargo como una realidad... autobiográfica.

El comediante instalado en el poder había polarizado, poco a poco, el odio de un pueblo entero, acosado, devastado, impotente entre el horror y la somnolencia. El inmenso sollozo de risas y lágrimas que el artista acumula, al desafiar la realidad en la silueta humilde, orgullosa del Augusto, toma en semejante desesperación trágica y colectiva, una resonancia particular.

Durante el verano de 1988, yo seguía en Washington el circo de la elección presidencial americana, pensando en el otro payaso de allá. Pero por irritante que fuera la decepción, el pensamiento retornaba sin embargo, terco, allá. Uno recuerda, con la lectura de Fellini, esta gran satisfacción, infantil y negativa, de entonces. Recuerdo bruscamente que, mucho tiempo después de la muerte de Chaplin, se descubrió que su expediente en el FBI constaba de 1900 páginas. Contenía tantos absurdos que no se habría podido incluso hacer con él el más tonto vodevil. Entretanto, el brillante concurso de gags de la elección presidencial americana no me hacía pensar más que en el Payaso nacional. ¿No existe entre el tirano y la masa oprimida más que incompatibilidad? ¿No existe entre ellos una especie de inconsciente y recíproca estimulación? ¿La dinámica de las sociedades y de los campamentos no está condicionada por las energías comprimidas y las impulsiones confusas? ¿El dictador es sólo el enemigo de las masas?, ¿no es también su producto más ilustre?

Alienación y pertenencia en efectos turbulentos y desastrosos, que

se concentran bruscamente en una patológica torsión para producir la efígie suprema de la bestia feroz, el poder.

¿El dictador es un "artista" aterrorizado por lo imposible? ¿Es el niño enfermo y fanático Calígula que se conduce como poeta al hacer nombrar ministro a su caballo? ¿El extremo de lo mórbido alcanza el inaccesible horizonte de lo absoluto, al que aspira la poesía? El déspota, ¿un caballero de la utopía? "El jefe de estación de mi filme era un Payaso blanco. Por ello todos nosotros nos convertimos en Augustos... Cuando se está enfrente de un Payaso blanco, se tiene la tentación de hacer el Augusto, e inversamente", dice Fellini. Pero agrega que "bastó que apareciera un Payaso blanco un poco más siniestro—el fascista— para que nos transformáramos en payasos blancos a nuestra vez, respondiendo, disciplinados, a su saludo romano". Él busca entonces definir su lugar en el circo del mundo: "Si imagino que soy también yo un payaso, ¡oh, bien! Llego a creer que soy un Augusto... Creo que soy un Augusto, pero también un Payaso blanco... ¡o tal vez soy el director del circo, el doctor de locos vuelto loco a su vez!"

Instantes de embotamiento

¿La quimera de la realidad sería más real que la realidad misma? Atormentado por los personajes, se apodera de sus catástrofes y estudia el abismo. El papel del tirano no puede estar ausente en ello. Se le encuentra tanto entre los niños como entre los directores de escuela. Se le encuentra a cada paso, en los amigos, los amantes, los padres, los abuelos, los colegas, los camaradas del servicio militar. Y más de una vez, desgraciadamente, encaramado sobre el "pedestal supremo", desde donde aterroriza a un país o un mundo, y desde donde vive ahora su papel sin darse cuenta incluso de ello. Paradójicamente, sólo el arte podría conferir a este desdichado una verosimilitud y un misterio.

Lo vi, no en la tele sino a dos pasos de mí esta vez. Acababa de llegar de la oficina de la milicia donde había conseguido mi permiso. No permiso para conducir, no: se trataba del permiso de posesión de una máquina de escribir. Para tener tal instrumento se necesita, según opinión del Payaso nacional, una "autorización". Para obte-

ner dicha autorización, hay que llenar un formulario especial y pasar una prueba anual: el solicitante debe presentarse, provisto de su máquina infernal, en la oficina de su distrito, donde se corroborará el formulario inicialmente llenado y donde se volverán a probar los caracteres. (Pues —quién sabe— ha podido cambiar el trazo de una letra, o borrarse la coma y el signo de admiración, o quizá el objeto o su propietario hayan contraído alguna enfermedad contagiosa transmisible por los textos y susceptible de provocar perniciosas incubaciones colectivas, siendo los virus en nuestros días —ello es bien sabido— pérfidos, insumisos, solapados, terriblemente solapados, a menudo indetectables, pero no menos activos, extremadamente activos, imposibles de frenar una vez puestos en movimiento.)

Había esperado alrededor de una hora en la milicia mi turno para ser interrogado; después las cosas fueron bastante rápido. En la oficina 23, como estaba especificado en la citación, había no poca gente (los más impresionantes eran los ancianos, que arrastraban detrás suyo viejas y pesadas máquinas de escribir). Tres jóvenes funcionarios de civil —de aire muy afable y aburrido— hacían todo lo posible para abreviar las formalidades. Respondí pues, en primer término, a las preguntas habituales: si poseía un automóvil y, en caso afirmativo, qué modelo; si el departamento que habitaba me pertenecía, o bien era propiedad del Estado; quién habitaba este departamento además de mí; quién utilizaba la máquina de escribir; si tenía familia en el extranjero y si los había visitado; quiénes eran mis parientes en el país, y si entre ellos figuraban miembros del comité central del Partido o funcionarios del Ministerio del Interior. El formulario debía ser llenado a mano y firmado, ya conocía yo la regla. Las preguntas mismas yo no me chocaban; las respondí rápidamente, sin pensarlas demasiado. A continuación mecanografié, como lo exigían las disposiciones ("sin faltas", precisaba el decreto presidencial) la página de texto; luego, siempre dos veces, el teclado de la máquina. Y eso fue todo, yo estaba de nuevo en posesión de la AUTORIZACIÓN. Radiante, mi juguete maravilloso bajo el brazo, me apresuré a regresar.

Estaba en el elevador cuando escuché la sirena horadante, ensordecedora. Una vez en el departamento, corrí al balcón para ver lo que pasaba. La sirena continuaba bramando, anunciando el acontecimiento.

El cortejo no era muy largo. Su limusina. Luego la de Su perro –inevitable perro negro, enorme, el perro preferido. Luego el automóvil del alcalde. Después una ambulancia, luego tres carros de policía. En seguida tres automóviles disimulados –los del "personal técnico". Decididamente, en comparación con otras "visitas de trabajo", este cortejo era más bien modesto. Sin duda se trataba de una incursión relámpago, una de esas iniciativas fulgurantes que electrocutaban a veces al Bufón y aterrorizaban a la compañía desprevenida. Sí, una visita sorpresa, sin que las aceras estuvieran llenas de mujeres, de niños, de soldados y de funcionarios requisados para apaludir la aprición del Bufón.

Había venido a inspeccionar los trabajos del "palacio blanco". Había hecho demoler algunos de los más bellos barrios de la ciudad para construir el palacio y el bulevar del circo que desgarraban la metrópolis en dos: ipaso a la gran arena presidencial, único edificio visible!

Se había detenido cerca de un pequeño puente, bajo el cual se escucharían las aguas usadas de las cloacas. Quería que se Le mostrara la "perspectiva del porvenir". El grupo de subalternos, armado de mapas, de láminas, de porta-documentos, lo atendía solícitamente, ansioso por adivinar el rumbo que Él tomaría al instante y de descifrar sobre la marcha Su gesticulación cifrada. Señores dignos e inteligentes –arquitectos, ingenieros, escultores, decoradores– brincaban frenéticamente a derecha y a izquierda, en una confusión de farfullas elogiosas, reverencias, pasos desordenados y rostros congestionados.

Había aparecido gente en los balcones de los inmuebles vecinos. Empleados de oficina, amas de casa, niños. No era el público habitual, debidamente formado por la policía antes de ser ubicado en los puntos especialmente elegidos sobre el recorrido triunfal del saltimbanqui. El espacio de un instante, la espera de la multitud prometía cualquier cosa. La sorpresa no se hizo esperar y, en efecto, no fue de las menores: algunos se pusieron a... aplaudir. No a gritar, a protestar, a llorar o a proferir injurias. No: apaludían, iaunque parezca imposible! Aplausos esporádicos, es cierto, simples tics, antiguos y latentes, de un ritual que traían en la sangre: el de las primeras representaciones del circo a las que habían sido llevados por las severas maestras de la escuela de párvulos. Aplausos de pura

forma, sin duda, pero sin embargo espontáneos, fuera de la presencia policial habitual (a menos que fuesen dictados por el miedo del colega o del vecino).

Lo miré, pude verlo de cerca. El departamento de ropa de confección del circo había elegido, entre los 365 trajes del año, una especie de mono azul de seda gruesa y polvorienta. Una gorra blanda y arrugada había sido encasquetada sobre su cabeza, a la altura de las cejas.

No hacía grandes gestos. No vociferaba. Parecía calmo y paciente. Un pequeño almacenero. Anotaba en un cuadernillo de apuntes todo lo que se le decía. Todos los demás anotaban en cuadernillos de apuntes lo que se escuchaban decir. Él tenía un aire muy atento a las palabras de estos señores instruidos, elegantes y paralizados por el miedo.

El argumento del día quería que él los escuchara en silencio. En medio de los exaltados que lo rodeaban, era el único que parecía normal. El único que podía permitirse llevar la máscara de la normalidad. La histeria de esas eminencias serviles en sus papeles de comparsas y la tranquilidad ligeramente fatigada del saltimbanqui ritmaban un contraste conmovedor, aterrador.

El espectador no tiene derecho más que a unos instantes de embotamiento. No tarda en acordarse que este risible payaso ha destruido su vida, ha envenenado la existencia y el pensamiento de todos sus semejantes.

El espectador se siente, por espacio de un segundo, superior e inaccesible, a leguas de distancia de la salvaje mascarada. Momentáneamente ennoblecido, en cierto modo, por una saludable incompatibilidad.

¿Un aristócrata pues este indeseable, este "hombre de musas"? Él sabe que debe replantar su tienda lo más lejos posible de la grotesca y sangrienta arena.

Un solo segundo, no dura más que eso la última confrontación. Sacudís el cansancio de vuestros hombros y de vuestra cabeza y de todo vuestro cuerpo. Como para evacuar el veneno infiltrado en los menores recovecos.

Tiempo irreversible. Tiempo que no me restituirá ya ni mis libros, ni mis proyectos abandonados, ni mis amistades cortadas. Exactamente una última vibración, el arcoiris de la ilusión.

"Calavera de la nada"

¿El mal está realmente encarnado por mensajeros tan mezquinos y ridículos? ¿La señal grandiosa del infierno no se manifiesta más que en esos risibles (aunque terribles) pantomimos?

Él no merece siquiera que se le maldiga. Porque este infortunio se llama "nada" y "nunca" y "nadie". Una vida, por consiguiente, más o menos buena, más o menos mala. En los años serenos como a la hora del ocaso, en el extravío amoroso y los fantasmas de la poesía, en rebeldes esperanzas y desprecios dolorosos. ¿Más o menos buena? ¿Más o menos mala? Nunca libre, en todo caso. Pero ella no se ha vuelto infernal más que una vez aparecido el espectro de la peste, proyectado contra un cielo incendiado. Grotesco carnaval que exalta el porvenir y celebra la muerte. Su pequeño Payaso blanco. Una pequeña rata blanca, el mensajero de la peste. Calavera de la nada.

La vida allá no habrá sido más que espera, preparación constante para algo oscuro y eternamente diferido. La vida de vuestro Augusto. Una vida en desfase permanente, señalando, como una llaga crónica, toda marcha futura. "El recorrido del ~~hombre~~ es como el filo de una hoja: de un lado, el infierno, del otro, ~~el infierno~~, entre ambos lados, el camino de la vida", nos enseña **Rabbi** Moshe Loeb. Un triple salto en el vacío, la nada de otras mascaradas acechando, en el momento de la vejez, la frágil pubertad del exiliado, extranjero entre los extranjeros. Estas grandes palabras desusadas, tales como libertad, conciencia, dignidad del rechazo, entereza del sacrificio, estas palabras caras a los niños y a los viejos mimados por la poesía. Sí, son los dones de uno mismo los que ennoblecen las lápidas sepulcrales.

¿Qué es la soledad el poeta? preguntaba un cuestionario al que era afecto, a comienzos de la posguerra, un grupo de escritores aficionados a los aforismos y los retruécanos. "Un número de circo no anunciado", respondió, antes de exiliarse en el Oeste, hace más de 40 años, el joven Paul Celan.